

Aleixandre, Góngora y la crítica cordobesa

Por José María OCAÑA VERGARA

La concesión del premio Nobel de Literatura al sevillano Vicente Aleixandre ha enaltecido de forma excepcional la poesía española. La Academia Sueca ha premiado una obra que «ilumina la condición del hombre en el cosmos y en la sociedad de la hora presente». Aleixandre, poeta humanísimo, ha visto culminada su trayectoria lírica del amor y de la muerte, como simbiosis de una obra total.

Las más afamadas plumas han dedicado cálidos elogios a este humilde andaluz, afincado en Madrid. A la voz de Dámaso Alonso, cálida y sincera, y a la de Gerardo Diego, diáfana y multiforme, se han unido la de numerosos críticos literarios, entre los que destacaremos a dos cordobeses: Luis Jiménez Martos y Leopoldo de Luis.

La obra de Aleixandre es la de un poeta que ha procurado acomodar las fórmulas poéticas de nuestro tiempo, difíciles de comprender por su complejidad semántica y estructural, a la exigencias de un público cada vez más mayoritario. Lo acertado de su postura y la búsqueda de nuevos cauces poéticos demuestran el hecho constatado del número de lectores, ediciones, traducciones y homenajes que su obra merece. Vicente Aleixandre es la encarnación de la poesía actual. El canta para todos y todos podemos sentirnos protagonistas de sus poemas. «Ambito», «Pasión de la tierra», «Espadas como labios», «La destrucción o el amor», «Sombra del paraíso», por sólo citar algunos títulos, son respuestas a problemas existenciales como la vida o la muerte, el amor o el odio, auténticos pilares de nuestro cotidiano vivir. El buscaba el amor como «cósmico afán del hombre». Aleixandre crea un mundo zoológico de bellísimas metáforas imaginativas. El proclama el valor universal de la poesía. Para él no existe

una aristocracia de cosas poéticas frente a una plebe de cosas antiestéticas. Para el sevillano, la primavera ha de ir unida al invierno, la rosa al cardo y el amor a la destrucción. Este panteísmo poético ha subyugado a los poetas y críticos de todos los países, y de ahí el entusiasmo que su premio ha levantado en todos los lugares donde la belleza, enmarcada en delicadas formas líricas, reina aún frente al cruel materialismo.

Afirma Lázaro Carreter que el influjo de Aleixandre en la poesía de la posguerra es sólo comparable al que han ejercido genios inmortales como Garcilaso, Góngora, Bécquer, Machado o Juan Ramón Jiménez. Aleixandre ha sabido hablarnos de pasiones vivas, de desolados sentimientos, desangrantes y permanentes congojas. Para el poeta sevillano, «el amor, la tristeza, el odio o la muerte son invariables». El habla a todos de una manera primaria, elemental, pero tiernamente humana. He aquí toda la grandeza de un poeta universal, querido y admirado, imitado y no igualado.

La concesión del premio Nobel a Aleixandre ha servido también como estímulo y recompensa a la Generación del 27. Los componentes que aún viven han celebrado entusiastamente el triunfo de un compañero de corazón e ideal. Pero nosotros también debemos sentirnos noblemente entusiasmados por tal premio. En él se ha proclamado la calidad excepcional de un poeta, pero también indirectamente la de una Generación que surgió brillante por la llamarada artística del genio cordobés D. Luis de Góngora. Pero ahondemos un poco más. También el Modernismo aristocrático y musical de Rubén Darío hundió sus raíces en la purísima naturaleza poética del inmortal autor de las «Soledades» y «Polifemo y Galatea». En sus ocreas de dorado vino se iluminaron las fantasías de los simbolistas y parnasianos franceses. Verlaine y Moreas exaltan a Góngora, y el mismo Rubén Darío proclama a los cuatro vientos la deuda contraída por la poesía moderna con el insigne cordobés. El gusto por una poesía nueva y exultante en la forma, rara y exótica, delicada y fina musicalmente, lleva inexorablemente a Góngora. Vicente Gaos afirma: «En el simbolismo francés influyeron los místicos españoles, Góngora, Poe y la música wagneriana». He aquí, pues, el camino o la trayectoria: Parnasianismo, Simbolismo y Modernismo, o lo que es lo mismo, Leconte de Lisle, Verlaine y Rubén Darío dando la mano a Luis de Góngora para que los guíe por los caminos del Parnaso Universal.

No vamos a pretender, ni remotamente, comparar a Aleixandre con Góngora. Los dos son poetas de excepcional calidad, aunque de diferentes posturas estéticas. Pero a poco que ahondemos en sus obras, notaremos cómo entre ellos existen numerosos puntos de contacto.

El hecho de que la Generación del 27 leyera, estudiara y defendiera a Góngora con motivo del tercer centenario de su muerte, nos proclama, a las claras, que numerosos elementos comunes encontraban entre su credo estético y el del cordobés. ¡Qué delicia enfrascarse en la lectura de las obras de Dámaso Alonso dedicadas al poeta cordobés! Su admiración raya casi en veneración al comentar las octavas reales del «Polifemo», o las nuevas y exquisitas silvas de las «Soledades». Dámaso y Gerardo Diego cuentan la anécdota de un camarero sevillano, amigo de Ignacio Sánchez Mejías, que sabía de memoria numerosos pasajes de las «Soledades» gongorinas.

Vicente Aleixandre sintió una profunda admiración por Góngora, cimentada día a día por el culto de su amigo y compañero Dámaso Alonso.

Lo primero que nos sorprende es la similitud creativa en ambos poetas andaluces. Para Emilio Orozco Díaz, uno de los más notables comentaristas gongorinos de todos los tiempos, la poesía del cordobés representa la agitación, el retorcimiento y la ocultación del elemento básico en la búsqueda del ornamento poético. El juego de metáforas e hipérboles deforma la realidad creando un mundo mágico de incalculable belleza. El color, la luz y el sonido coadyuvan a la creación de una mágica y delicada concretización pictórica. Góngora rompió los esquemas últimos del Renacimiento. De Garcilaso a Góngora, pasando por Herrera, existen diversos estamentos en los que se abandona progresivamente la claridad de la forma por el retorcimiento de las curvas y frenesí culteranos.

Pasemos a Vicente Aleixandre. Si leemos detenidamente la obra de Carlos Bousoña. «La poesía de Vicente Aleixandre», nos encontraremos con los siguientes rasgos de su obra lírica: irracionalismo, individualismo y superación de las constantes del Romanticismo.

En ambos autores se dan las mismas características, aunque referidas a diversos movimientos literarios: Góngora supone una radical superación del Renacimiento; Aleixandre, un apartamiento de las corrientes román-

ticas. Y aquí creo encontrar las raíces de ambos poetas. Góngora aspiraba a una idealización de la naturaleza mediante una sinfonía de formas y colores creadores de una poesía única y arquitectónicamente perfecta. Aleixandre se sumergía en las fuentes del surrealismo francés para, desdénando lo sentimental y lo emotivo, buscar las máximas perfecciones técnicas y estéticas. ¿Acaso no se ha dicho que los sonetos gongorinos desprecian al calor vital, el humanismo, para convertirse en frías columnas marmóreas de excepcional calidad formal? Creo, en resumen, que las aspiraciones de ambos poetas eran similares y parecidas.

Nos confirma Luis Jiménez Martos que en el año 1963 la Editorial Einaudi ofreció una antología de Vittorio Bodini, titulada «Los poetas surrealistas españoles», en la que este crítico italiano consideraba a Aleixandre como creador de un surrealismo hispánico, telúrico y radical, cuyas fuentes se habían podido encontrar en Góngora. ¿Cuál era el medio utilizado por Aleixandre para evadirse de lo real directo y conseguirlo? Para el crítico cordobés Jiménez Martos, el procedimiento preferido por Aleixandre para situarse en el plano más lírico y personalizado es justamente el aumento de lo real hasta inscribirlo, gradualmente o de golpe, en una escala cósmica. Aleixandre se entrega a lo superreal, a lo hiperbólico, mirando hacia fuera. El poeta sevillano gigantiza el erotismo, practica la exageración tan adjudicada a los andaluces. Consideremos los siguientes ejemplos: «Una boca imponente como un fruto bestial...», «Ves una montaña que navegando ocupa...».

Para Paul Ilie en su obra «Los surrealistas españoles», Aleixandre es el ejemplo más claro del referido movimiento. Para Ilie, en «Pasión de la Tierra», asistimos a la aspiración hacia la luz, al sentido abstracto del tiempo y a la disociación del lenguaje y la realidad.

De manera similar, Góngora invadió sus poemas de metáforas e imágenes, bimebraciones, pluralidades y correlaciones que deformaron la realidad para crear irreales y atrevidas visiones cósmicas con seres extraños a la placidez del clasicismo renacentista.

Pasemos a analizar otro punto de feliz coincidencia.

Conocidísima es la debatida cuestión de las dos épocas gongorinas: frente al Príncipe de la luz, el Príncipe de las tinieblas. Fue Dámaso Alon-

so, en su magistral tratado «La lengua poética de Góngora», quien rebatió la tradicional separación de la poesía fácil y de la poesía oscura. Para el gran crítico de la Generación del 27, Góngora no presenta dos modalidades distintas. Por el contrario, lo que caracteriza a la denominada segunda etapa gongorina es una simple intensificación en el pormenor y una densificación en el conjunto de lo que ya era propio de la primera. La facilidad interpretativa del romance «Angélica y Medoro» engañó a numerosos comentaristas que no supieron ver las atrevidas sutilezas del hermetismo de la primera época gongorina.

También en Aleixandre podemos considerar dos etapas diferentes en cuanto a su plena comprensión. Poemas como «Juventud», «Posesión» v «A Fray Luis de León», simples en su comprensión e isométricos por su medida, contrastan con los de «Pasión de la tierra», donde la evasión del poeta hacia lo desconocido y personalísimo crea una cosmovisión hipertrofiada y difícilmente captable por el lector. Son indagaciones en el ser v también violentas demoliciones de formalismo y trabas convencionales. En conjunto, una poesía hermética para «la inmensa minoría». Notable similitud con el poeta cordobés.

Un tercer punto de contacto lo encontramos en la adjetivación, imágenes y metáforas atrevidísimas que ambos líricos supieron crear. Dámaso Alonso ha analizado numerosos casos de metáforas puras gongorinas en las que, elidido el término real, sólo aparece el elemento ideal de la identidad. El «Polifemo y Galatea» aún lo sereno y lo atormentado, lo lumínico y lo lóbrego, la suavidad y la aspereza en una condensación maravillosa de luz y sombra, plasmado todo en un conjunto coherente de felicísimas imágenes y metáforas. El amor y la destrucción, ahora típicamente gongorinos, preanuncian el gran poema aleixandrino del siglo XX.

Pero volvamos de nuevo a Aleixandre.

Su lenguaje es igualmente majestuoso, violento y retorcido, dramático y telúrico. También, en ocasiones, a la manera gongorina al celebrar el amor de Acis y Galatea, la expresión aleixandrina se vuelva fina, se adelgaza, se hace tenue hilo de cristal.

Aleixandre creó bellísimas imágenes cósmicas, sólo igualadas por Pablo Neruda.

El poeta sevillano configuró casi toda su obra en versolibrismo. Aquí la diferencia es más notable, aunque algunas razones me inclinan a lanzar un aserto en favor de la similitud con el poeta cordobés. Cuando Góngora compone su obra dominan los metros y estrofas italianos. La prestancia del endecasílabo y la majestad del soneto y octava real se imponen en las modas poéticas. Góngora compone su «Polifemo y Galatea» en octavas reales endecasílabas. Sin embargo, sus «Soledades» se estructuran en silvas de fragmentos métricos anisosilábicos. El poeta deja libre su fantasía para no someterse al canon de un artificioso conjunto estrófico regular. Sus silvas parecen corceles vivaces que retardan o animan la marcha del ser poético. Frente al isosilabismo clásico renacentista y oponiéndose a la estrofa cualificada por un determinado número de grupos melódicos, la audacia gongorina levantó una oleada de opiniones contradictorias.

He de destacar que ambos poetas contaron con numerosos críticos que analizaron sus obras. Entre los comentaristas de Góngora citaré a Cascales, Salcedo Coronel, Salazar Mardones y Pellicer, Saavedra Fajardo, Adolfo de Castro, Menéndez Pelayo, Miguel Artigas, Alfonso Reyes, Dámaso Alonso, Orozco Díaz, Thomas, Vilanova y Gallego Morell, entre otros. Un estudio completo sobre las características del movimiento culterano fue realizado por el baenense Luis Carrillo y Sotomayor en su obra «Libro de la erudición poética».

Entre los comentaristas de Aleixandre destacaremos a los siguientes: Carlos Bousoño, Arturo del Villar, Antonio Costa Gómez, Elena Santiago, María Zambrano, Luis Antonio de Villena, José Luis Cano, los cordobeses Leopoldo de Luis y Jiménez Martos, entre otros.

Carlos Bousoño, desde las páginas de «Poesía española», «Insula», «Papeles de Son Armadans», «Revista de Occidente», «Estafeta literaria» y editorial Bello, ha procurado desentrañar el misterio inefable de la creación aleixandrina. Su libro «Vicente Aleixandre. Biografía y estudio crítico» es pieza básica para el conocimiento de la obra de nuestro último premio Nobel.

Luis Jiménez Martos, desde la tribuna de la revista «Estafeta literaria», ha dedicado magistrales análisis a la producción de Aleixandre. La prosa entranable de Jiménez Martos se hace solidaria del cariño por

Góngora y el poeta sevillano. ¡Con cuánta ilusión he leído y releído los sabrosos comentarios de su libro «Cuarenta poetas en mi espejo». Su amor por Córdoba y Góngora se hacen palpables en su recuerdo de Mayo de 1967. Dice textualmente: «A los trescientos cuarenta años de su muerte, D. Luis de Góngora iba a tener en Córdoba una estatua, de Amadeo Ruiz Olmos, en la plaza de la Trinidad, frente a la casa en que murió». A continuación, nos relata la llegada de las principales figuras académicas y poéticas cordobesas. Transcribimos. «A primera hora de la mañana habíamos asistido a una misa en la capilla funeraria de los Argote. Dámaso Alonso estaba allí, como Rafael Castejón y Martínez de Arizala al frente de los académicos de las Real de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes. Mario López, Miguel Salcedo Hierro, Juan Morales Rojas y Francisco Carrasco Herrera representaban a los poetas cordobeses que viven en su lugar de origen; desde Sevilla había acudido Joaquín Caro Romero; desde Arcos, Antonio Murciano, y Francisco Garfias desde Madrid». A continuación, nos habla del discurso del entonces alcalde, D. Antonio Guzmán Reina; de la fiesta en el Alcázar de los Reyes Cristianos, acto presidido por la Duquesa de Rivas con las autoridades de la ciudad y provincia.

Ahora, Luis Jiménez Martos se extasía ante la lectura de los poemas del premio Nobel, Vicente Aleixandre. Poesía, siempre poesía; genios creadores de belleza simpar. Eso han sido, son y serán Góngora y Aleixandre. Por este motivo y por mi amor entrañable hacia al tierra cordobesa, yo creí ver en la solemne entrega del Nobel el reconocido consenso a un poeta excepcional contemporáneo: Vicente Aleixandre; el tributo a la Generación del 27, digna sucesora de las glorias de nuestros siglos áureos, y el recuerdo perenne a D. Luis de Góngora y Argote, creador de un tipo nuevo de poesías cuyas velas desplegadas lleva ahora el ya inmortal Vicente Aleixandre.